

LA ANTORCHA

EL ORIGEN DE LA ESCAVITUD FEMENINA

Hay algo que la fuerza de la cultura ha hecho perder, a todos los tiempos, de la atención de los hombres. Ese algo es la mujer.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque no hay en toda la historia de la vida pública del hombre, una sola etapa en que la sociedad haya tenido en cuenta la existencia femenina. En efecto de que en tal país, en cada época, alguna mujer por su talento, por sus amantes, por su belleza, hayase encerrado en situación de privilegio o de igualdad respecto a los hombres, no compensa, ni explica, ni excusa, la situación inferior en que ha vivido todo un sexo.

En nombre de la justicia, en nombre de la misma dignidad del hombre, en nombre de un sentido humano de las cosas, en nombre de una bien comprendida expresión del mismo anarquismo, la mujer debe estar entre los valores humanos en revisión. La sociedad no es monstruosa sólo porque se halla levantada de modo que el hombre sea escavo del hombre. Lo es, también, por el hecho grave, terriblemente grava, de que la mujer está abandona y la esclavitud de todos los hombres, igual de aquellos que son señoras y mandan en sus semejantes, que de aquellas que son obscuras, desmedidas, obedientes de los que mandan, a despecho de sí mismas.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según convenía a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La India de los Védas supo tener respeto a la mujer. Fue la única vez en que la sociedad hizo justicia, al menos a la feminidad. Las enseñanzas de la épica decían: "Así que está malido una mujer, está malido por dios". "Desgraciado del que ríe de los sufrimientos de las mujeres; dios no reirá de sus plañeras". "No existe crimen más grande que el de perseguir a las mujeres y apreservarse de su dominio para apoderarse de una hija".

Véralos con identidad espiritual son todos los que en los libros de los Vedas van dirigidos a la mujer. Se ve, por ello, que aquellos hombres primitivos que no sabían explicarse la existencia del mundo, como lo hacen, sin embargo, los ignorantes, creyeron en la existencia de la tierra, para su posesión de la tierra, para todos los demás, consumido criminalmente. Propiedad y coerción, propiedad y autoridad, propiedad y robos, son cosa paralela. Corren además de igualdad, sin embargo que el destruir las conciencias, robar indebidamente para su uso y provecho exclusivo lo que es de pertenencia colectiva, son ladrones. Esto es tan claro como el agua y hasta los ciegos lo ven.

Todo derecho que quiera invocarse para la posesión de la tierra, fuere de lo colectivo, es completamente arbitrario. O, más que arbitrario, criminal. Nadie podrá buscar la legitimidad de la propiedad sin tropezar con la violencia, o sea con el despojo de los demás, consumido criminalmente.

Propiedad y coerción, propiedad y autoridad, propiedad y robos, son cosa paralela. Corren además de igualdad,

sin embargo que el destruir las conciencias, robar indebidamente para su uso y provecho exclusivo lo que es de pertenencia colectiva, son ladrones.

Toda solución que sea, si no se basa en ese derecho natural, el de la posesión de la tierra, para todos los hombres, será injusta y no solución.

"Desgraciado y pervertido es el sacerdote que, por lo mismo, su labor principal consiste en degradar las conciencias, modo único de asegurar su poder".

La táctica de los sacerdotes de todas las religiones ha consistido siempre en lo mismo: degradar a la mujer. "Desgraciado y pervertido es el sacerdote que, por lo mismo, su labor principal consiste en degradar las conciencias, modo único de asegurar su poder".

Una de las religiones que, en el caso de Plaza Olímpico, conservan su integridad moral a pesar de la criticaidad del preceito, es la salvaje amenaza-represiva de los sacerdotes.

del hombre un ser envilecido, pues se gún la expresión de los Védas, "la mujer es el alma de la humanidad".

Han pasado más de diez mil años de vida social, de ejercicio activo de aquella ley de Maat que dice: la joven soltera depende de sus padres, la mujer de su marido, la viuda de sus hijos, pues no puede la mujer gobernar por sí misma. Todas las religiones han copiado esta ley y todas las respecto a la mujer, inspiradas en un espíritu monstruoso y devengonado de dominio. Los sacerdotes de Egypto, los de China, los de Judea, los de las partes, la han practicado. Losleyes de legislación social, antiguas y modernas, no son más que reflejos de la moral depravadora de las iglesias. Y es así, porque está en las palabras de la Iglesia y en los artículos jurídicos, a todo lo cual ha sido reducida la moralidad popular, que la mujer está en el concepto de todos como algo secundario, que no debe tener opinión, que debe servir, callada, sufrida, pronta a la caricia cuando el hombre quiera, y al silencio o para golpes cuando el malhumor de los hombres lo quiera también.

El pensamiento de Jacquot es exacto: "habrá hecho del hombre un ser envilecido".

Si comprende: "Puede ser interesante como humano el hombre que considera inferior a la mujer". Y la sociedad, está compuesta por una mayoría de hombres así, de sufridores, y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

En la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios primitivo, que a lo largo del tiempo surgió en "sus" doctrinas mil transformaciones, según conveniente a sus representantes, los sacerdotes brahmanes, modelos de hombres dispuestos, violentos, desalmados y Jevitas, arquétipos del sacerdote.

La fuerza de la costumbre, doctrinas, porque todos, los buenos y los imbéciles, los alegres y los tristes, los preclaros y los menguados, los canallas y los simples, tienen, en sus ideas heredadas de la vida, el convencimiento de que su mujer les pertenece, nada más que porque es mujer.

T. en la faz social, raro es el hombre que piensa que la mujer es un ser interesante, tan interesante como lo pueden ser ellos, tomado en sentido general, como zombies, sin entrar a investigar en su moral, en su oficio, en su pensamiento, en su situación particular.

Pero, de este fuerza de la costumbre, de tener un origen, seguramente.

Le viene, si, y remoto. Para comprenderlo, es necesario meditar en los primeros tiempos de la sociedad humana. Según las pruebas halladas, el hombre arranca en su vida consciente de la India. Allí nacieron las primeras ideas sociales, allí por primera vez el hombre se hizo preguntas que su salidria, hiedrían de conocimientos científicos, no comprendía. Allí nació la superstición y la duda ante lo desconocido. Allí invocaron gérmenes, dioses religiosos. Porque, ¿quién hizo al mundo, quién a los seres? Los hombres, sin una noción exacta de lo que hacían, superaron la potencia creatora de un dios. Hoy sabemos que la creación del mundo no puede ser obra de un dios, porque... vamos a ver... ¿qué es dice? Los hombres hicieron más. Crearon a Brahma y a Krishna, por boca de la misma superstición de los hombres, hizieron e impuso sus leyes. Jhavá, al barro, Jhavá de los católicos, como el judio Mahoma, los musulmanes, visto después, mucho después que Brahma, y el dios hindú, el dios pr

